Silvia Herreros de Tejada

# La mano izquierda de Peter Pan

ESPASA

Silvia Herreros de Tejada

# La mano izquierda de Peter Pan

ESPASA NARRATIVA

© Silvia Herreros de Tejada Larrinaga, 2017
Autora representada por Silvia Bastos, S.L. Agencia Literaria
© Espasa Libros S. L. U., 2017

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Depósito legal: B. 23.686-2016
ISBN: 978-84-670-4915-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

# SEMANA CERO

## DAVID

A David, los aeropuertos le provocaban zozobra. Las tramas inimaginables de las vidas ajenas, la voz en *off* constante, el aire opaco —compuesto de pachulí, exsalas de fumadores, cafés de franquicia, anhelos sofisticados de *duty-free*—, las listas que enumeraba en su cabeza. Infinidad de lugares a los que no había ido y le gustaría ir, infinidad de tareas vitales aún pendientes.

A través de las cristaleras, se veía una mañana clara de invierno, y las limpiadoras terminaban de quitar las guirnaldas rezagadas que, tras sus días de alborozo y *adeste fideles,* ya hoy carecían de sentido. Los aeropuertos eran zonas de *stand-by*, en el más amplio sentido de la palabra. ¿Se podría escribir un artículo al respecto? David sacó un cuaderno Moleskine de la bolsa de tela que siempre llevaba consigo. Se la había traído su exnovia, la periodista, de… ¿Fráncfort, era? Daba igual. Pasó las páginas hasta llegar a la encabezada con «ideas». Se dispuso a escribir, pero un aliento de desidia le quitó las ganas, de repente. ¿Para qué otra línea sin continuación? La voz del altavoz pareció contestarle. Primero, la mujer: «Por favor, tengan cuidado con sus objetos personales»; después, el hombre: «*Please, take care of your personal belongings*». David había organizado este viaje para crear, para hacer *algo*. Así que apuntó, con su letra fea y angulosa, «El aeropuerto como no-lugar: nuevos mundos paralelos del siglo XXI», cerró el cuaderno y alzó la vista orgulloso. O, al menos —pensó David—, eso habría parecido desde los ojos de otro.

De hecho, estaba deseando que otro le preguntara por su futuro paradero. Ojalá le tocara un compañero de vuelo con ganas de conversación. Una dama misteriosa, por ejemplo, que le preguntara: «¿Vuela usted a Nueva York, o después sigue camino?». Él, como si nada, contestaría: «Pues verá, me dirijo a New Haven, a la Universidad de Yale, cuna de la intelectualidad mundial». «Oh, qué interesante», diría, quizá, un hombre norteamericano con parche. «¿Y qué va a hacer allí?». «He recibido una beca de investigación, la Marjorie G. Wynne Fellowship for English Literature». Con la mejor de las suertes, una joven dulce, ávida de aventuras (a quien él, muy probablemente, le parecería un señor), exclamaría: «¡Es usted escritor!», a lo que David, sin tratar de emocionarse en exceso, contestaría: «Bueno, en realidad, voy en calidad de académico. Busco un tema para el congreso en Escocia que celebra este verano los ciento cincuenta años del autor James Matthew Barrie. Resulta que soy especialista en él» y carraspearía ligeramente, sin darse excesiva importancia.

«¿James Matthew Barrie…?», preguntarían tanto la dama misteriosa, como el hombre con parche, como la joven dulce, arrastrando el nombre con un ligero siseo mientras trataban de buscarlo en algún recoveco de sus mentes para poco después negar con la cabeza. Entonces, en este punto de la conversación, David trataría de no exhibir su ostracismo antes de contestar que el tal James Matthew Barrie era el autor de *Peter Pan*, y que en una de las bibliotecas de Yale se conservaban sus manuscritos originales.

En Madrid, la gente que rodeaba a David era experta en interrogarle sobre sus otras actividades vinculadas a la docencia universitaria; seguramente porque no tenían temas de conversación y no porque fueran unos imbéciles, como solía pensar él. Así pues, dada su experiencia en bodas, bautizos, comuniones y fiestas varias, David sabía que las opciones de respuesta ante las palabras «Peter» y «Pan» se reducían a (una) «¡Me encanta el personaje de Disney!»; (dos) «Uf, yo tuve y/o tengo una pareja con síndrome de Peter Pan» más los detalles íntimos de dicha historia de amor; (tres) «Había

una película en la que Johnny Depp se hacía amigo de unos niños en un parque, ¿no?»; y (cuatro, el remate) «Pero ¿por qué estudias algo tan innecesario? ¿Con eso se gana dinero?».

—Pues claro, muchísimo —contestaba David de vez en cuando.

—¿En serio? —respondía con tono apático un tío, primo o equivalente, casi siempre de género masculino.

—Ni te lo imaginas.

Los rostros descreídos e insolentes de sus convencionales familiares.

Pero, por fin, el otro día, en la Nochebuena organizada por su madre, había tenido su momento de gloria. En los brindis de champán con turrón había pedido un instante de silencio para anunciar algo importantísimo. Todos se habían callado expectantes, pensando en noticias tipo boda o similar. David había hecho una larguísima pausa dramática a propósito, para fomentar sus cuchicheos. Y después, cuando la creciente tensión en el ambiente ya lo merecía, había explicado que quizá se sorprenderían al saber que su sobrino, hermano, cuñado —el loco de Peter Pan, sí— había recibido una de las becas de investigación más exclusivas del planeta. Y ellos habían exclamado «¡oh!» y «¡ah!» y «¡enhorabuena!».

En el *duty-free,* David se roció con un perfume carísimo de Dolce & Gabbana y se mareó ligeramente con la fragancia, la de un impostor. Caminó con paso firme hacia la puerta de embarque C53 del aeropuerto de Barajas, mirando a los ojos a cualquiera que se cruzara con él. Nadie sabía quién era Barrie, igual que nadie sabía quién era David. Pero eso iba a cambiar muy pronto.

Una vez en su asiento, sin compañero de viaje alguno, contempló la ciudad por la ventanilla del avión. Primero, en tierra, a tamaño real; luego, ya en el aire, como una maqueta de museo; finalmente, entre las nubes, poco más que una fruslería: tan minúscula que Madrid entera le cabía en un puño cerrado. Se sintió tan poderoso como cuando había marchado a la universidad de Edimburgo —ante la oposición de su padre, evidentemente— para estudiar un máster

en literatura comparada. Dos años, para su madre, tan profética ella, como de «mundo paralelo». «Pues claro que estás contento, no te fastidia —le decía cuando hablaban por teléfono, una vez al mes—. Estar en el extranjero es vivir otra vida que, en realidad, no es la tuya». De eso nada, pensaba David: esos dos años, de hecho, habían supuesto lo que tendría que ser *su* vida: una vorágine de intelectualidad, bohemia, ímpetu y tormenta, igual que en el Sturm und Drang alemán, como decía su mejor amigo de la época, Rudi. Ahora que iba a estar un mes en Estados Unidos, debería localizarle. Sabía que vivía en algún sitio cercano a Nueva York. Se emocionó ante la perspectiva de contarle a Rudi su incipiente estructura circular. En Edimburgo había comenzado a estudiar a Barrie. Se había doctorado en Madrid. Ahora iba a culminar su investigación en Yale… E iba a terminar volviendo a Edimburgo en verano para declararse como uno de los expertos mundiales en el autor: su nombre coronando el libro del congreso. Rudi, académico también, sin duda entendería la felicidad, la fantástica armonía del círculo perfecto. Y tras la cena con vino —había que aprovechar la barra libre del vuelo transatlántico—, David se tomó tres, ¿o fueron cuatro?, *gin-tonics* en vaso de plástico para celebrarlo.

«*Twenty minutes, prepare for landing*». A las ocho y pico de la mañana, le despertó la insoportable voz aflautada. Abrió los ojos y los tuvo que cerrar de sopetón, incapaz de lidiar con la luz refulgente que entraba por la ventanilla del avión. Dolor de cabeza. Malestar general. Culpa. Sudor frío. Náuseas. Contrición. Desembarcar en la Universidad de Yale podrido por la resaca no era el plan. David se incorporó con esfuerzo de su acrobática postura sobre los dos asientos y consiguió arrastrarse hasta el baño. Miró su reflejo asqueado. Tenía el pelo negro pegado en la frente, ojos de zombi, los labios agrietados. Anoche, ni siquiera se había lavado los dientes. Y ahora tampoco iba a poder hacerlo porque la azafata le sacó del baño prácticamente a empujones para redirigirle a su asiento.

—Abróchese el cinturón, por favor.

Ya en tierra, tras superar los obstáculos del control de pasaportes donde le tocó una señora policía simpatiquísima —«*Oh, really? A literature fellowship at Yale of all places, how nice!*»— y encontrar su maleta en el mareante cinturón de equipajes, David se sintió incapaz de discernir una ruta de metro que le llevara a la estación de tren, así que decidió salir al exterior y permitirse el lujazo de coger un taxi. Era divertido coger un taxi en Nueva York. Los taxis se movían en línea recta, como el comecocos. Rumbo arriba o rumbo abajo, izquierda o derecha. Uno se sentía *alguien* cogiendo un taxi en Nueva York; sobre todo, cuando la próxima parada de tu vida era Yale.

David había estado en Nueva York dos veces. La primera, de niño, cuando a sus padres, bastante después de separarse, les había dado por hacer unos cuantos viajes de reconciliación. En su cuerpo de doce años, le parecía que los edificios lo comían; le angustiaba mirar el cielo y que quedara tan lejano. En aquellos días, se había sentido afortunado de vivir en Madrid. Tampoco recordaba mucho más de la ciudad: a su madre agarrada a la mano de su padre y prácticamente corriendo detrás, mientras el hombre esquivaba, impaciente, las multitudes de la Quinta Avenida. A su hermano y a él, siguiéndolos, malhumorados. David explicándole a Juan una teoría elaboradísima cuya conclusión era que, claramente, estos viajes de familia feliz eran un paripé como otro cualquiera. ¿Acaso alguien lo estaba pasando bien? No, ¿verdad? Pues ya está. Papá, claramente, no iba a volver a casa nunca. Y así fue.

Acordarse ahora de su escepticismo le encogía el corazón. ¿Habría cambiado algo si hubiese tenido fe? ¿Si hubiese creído, mínimamente, en el esfuerzo de sus padres? Muchos años después de ese primer viaje, había descubierto otro Nueva York: Williamsburg, la zona del Village, los rincones de los escritores. Y aquella vez, le había angustiado la bohemia, más que la inmensidad.

David, aún con resaca, bajó la ventana del taxi para sentir el aire cortante y ruidoso en la cara, el estruendo y la lumino-

sidad de la gran ciudad. Al desobstruir su cerebro ligeramente, consiguió volver a regodearse en su hazaña: no era nada fácil dejar las clases en pleno curso y desaparecer del todo, aunque solo fueran cuatro semanas. De hecho, se lamentó de haber roto con la periodista hacía ya un par de años. Ahora mismo, le habría encantado tener una novia —ella, o cualquiera, en realidad— a quien llamar por teléfono y contarle cada pequeño paso hacia su gran aventura.

En el tren Metronorth, por ejemplo, le habría dicho que el paisaje no era especialmente bonito. En la estación, que al bajarse había sentido la vibración de lo desconocido. Que el parque New Haven Green era un oasis esplendoroso entre calles grises. Que de camino a la residencia —en Elm Street, como la pesadilla— se erigía una iglesia de nuevos-cristianos-renacidos-y-en-proceso-de-redención con una hilera de flamencos rosas de madera en la entrada, sus huellas sobre la nieve. («Como los flamencos que sobrevuelan las lagunas de Nunca Jamás», le habría dicho, literalmente, a la hipotética novia). Que The Graduate Club poseía una fachada blanca de madera con una gran bandera estadounidense. Que al hacer el *check-in* en recepción había pedido si, por favor, le podían dar otra habitación que no fuera la número 40.

—Imposible.

—Vaya, qué pena. Es una manía personal...

La razón de esta manía no se la habría contado a la hipotética novia.

Nada más entrar en la habitación, David se tomó un ibuprofeno y luego se dispuso a ducharse, tratando de ahuyentar los remordimientos de la resaca. La estancia de investigación como tal empezaba el lunes, 11 de enero: hoy era viernes y a las tres de la tarde tenía una reunión para conocer a la gente de la biblioteca y que le explicaran la dinámica, las herramientas de búsqueda. Después, se iba a tirar hasta el lunes sin beber una gota de alcohol. Un poco de purificación física

y mental. Entre las Navidades y la noche en el avión, se había transformado en una especie de ser semicatatónico, desmerecedor del gran momento que se avecinaba. Por suerte, siempre tenía la excusa del *jet lag*. Y el atuendo, de vaqueros oscuros, camisa azul marengo, blazer (y gafas de sol, de momento) era impecable: de profesor europeo a punto de emprender una investigación que cambiaría su vida.

Dudó entre dos canciones de Radiohead como banda sonora del clip vital «Destino a la Biblioteca Beinecke» y se decidió, finalmente, por el silencio. Para no tentar a su dolor de cabeza. Sus ojos, aún hinchados, recorrieron la ciudad por la que le guiaba Google Maps: un café orgánico, una tienda de pulseras, una pizzería, un restaurante vietnamita con fotos de sopas poco apetitosas, una papelería con material de Yale, mucho niño pijo y algún que otro mendigo tratando de conseguir una moneda, o vender una rosa… Un edificio majestuoso de aspecto gótico, a la europea; gárgolas de monjes leyendo, sus sombras proyectadas sobre las vidrieras de colores.

Tras la siguiente esquina, David vislumbraría la Biblioteca Beinecke por primera vez. El hogar de los manuscritos de Barrie. Se sintió dramático de más al anticipar tanto el momento, pero se escuchó a sí mismo dándose explicaciones: «Soy profesor de literatura, estoy en una de las mejores universidades del mundo, es una experiencia única en mi vida. Estaré en el congreso. Se lo debo a Barrie, me lo debo a mí. Joder, no pasa nada por emocionarse con ciertos acontecimientos, ¿no?». Dobló la esquina.

David se sorprendió al toparse con un edificio de cristal, cuadrado y moderno, situado en un patio liviano. Junto a la puerta, una inscripción de piedra: BEINECKE RARE BOOK AND MANUSCRIPT LIBRARY. Acarició las letras. Sintió una felicidad adolescente, un ansia casi sexual de tocar y sentir cada libro. Hizo una foto para demorar el momento de entrar. Quiso enviarla, compartir su euforia, que alguien se sintiera orgulloso de él. En los últimos siete meses, desde que su último compañero de piso le había abandonado para irse a

vivir en pareja, David se había repartido entre las casas de su hermano (quince días), su padre y su mujer (un mes), un amigo (tres semanas), su madre (cinco meses, y lo que quedara). A su madre, la foto del edificio tal cual no le iba a interesar ni lo más mínimo, así que se hizo un *selfie* con la biblioteca de fondo.

Mensaje de David a mamá:
Aquí estoy, por fin. La Biblioteca Beinecke.

Pulsó «enviar» y suspiró hondo, luchando contra los pajarracos resacosos que, de repente, revoloteaban en su estómago y bajo sus párpados. Volvió a suspirar y entró. En la recepción, bajo una torre de cristal a través de la cual se adivinaban los lomos de miles de libros, le dijeron que bajara unas escaleras. Enseguida saldrían a atenderle; debía esperar junto a la sala de lectura, donde el guarda. Apenas capaz de moverse con serenidad, David obedeció. Su propia saliva al tragar le parecía retumbar. Se quedó mirando el escenario. La susodicha sala estaba junto a un patio de esculturas. Las elegantes mesas de madera alojaban solo a tres personas: una mujer de espaldas con una melena rojiza, larga y desordenada, su espacio plagado de papeles; un par de hombres vestidos de traje, charlando en susurros.

—Hoy solo están los muy empollones —dijo una voz.

David se giró y sonrió al guarda, un hombre negro, orondo y afable.

—Es viernes por la tarde, al fin y al cabo —matizó.

—Sí —titubeó David y le ofreció la mano, algo nervioso—. Hola, encantado. Estaré por aquí varias semanas.

Se estrecharon la mano.

—¿Y se llama usted?

—David J. Prior.

Apellido vallisoletano de toda la vida, se abstuvo de matizar.

—¿Cómo?

—*Deivid-Yei-Prayor, in English.*

—¡Ah!

Apellido vallisoletano de toda la vida que, por suerte, sonaba estupendamente en inglés.

—Yo soy Theo.

—Busco a Rob Walter, comisario de la colección del siglo xx.

—¿Le espera?

—Sí.

El guarda Theo se levantó y entró en la sala. La mujer del pelo alborotado se giró ligeramente hacia la puerta y miró a David de soslayo. Tenía la piel muy blanca y las gafas le camuflaban unos ojos pequeños y esquivos. Observada así, en tres segundos, no era hermosa. Ella, como si hubiese acertado el pensamiento masculino, volvió la vista a lo suyo. Uno de los hombres de traje siguió a Theo para recibir a David.

—Disculpe, debe de haber un malentendido: no espero a nadie.

David le estrechó la mano con efusividad.

—Soy el estudioso de Barrie de España. Nos escribimos hace unos meses, y quedamos en vernos hoy.

Se dispuso a buscar un papel en su bolsa de tela, pero Rob Walter, con un gesto, le indicó que le acompañara. Era un hombre alto y de cierto desgarbo, coleta de color ébano y ojos extraños, violetas. David calculó que tendría cerca de cincuenta años, bien llevados. Caminaron hacia un despacho y, nada más entrar, Rob Walter cogió un libro de la estantería.

—Es una compilación de fotos de los objetos más significativos de la colección de Barrie. El prólogo es mío.

David lo cogió como si fuese un tesoro. Leyó el título en voz alta.

—«Mi corazón en compañía: la obra de J. M. Barrie y el nacimiento de Peter Pan».

—Lo saqué de una cita de su novela *Margaret Ogilvy* —explicó el comisario—. De la novela biográfica sobre su madre, para ser más exactos.

—Sí —recalcó David—. Cuando explica que es incapaz de guardar nada bajo llave, salvo su corazón en compañía.

—Qué frase tan ambigua, ¿verdad?

David, dudoso de si explicar su versión de la cita o no, se limitó a asentir. Rob Walter se sentó, haciéndole un gesto a David para que le emulara.

—¿Y bien? —continuó Rob Walter—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Vengo a mi estancia de investigación de cuatro semanas. Con respecto a la Marjorie G. Wynne Fellowship for English Literature.

Hubo un silencio.

—Estoy investigando para presentar un *paper* al congreso de Barrie.

—¿El de verano, en Escocia?

—Eso es.

—Me temo que está usted equivocado.

David suspiró hondo, sin moverse. Esto lo tenía medio previsto, así que tranquilidad.

—¿A qué se refiere? —preguntó, como si nada.

El hombre le miró atónito.

—La beca ya está dada. La chica que la recibió, de hecho, está ahí en la sala.

—¿Disculpe? —dijo David.

—La beca ya está dada —repitió el comisario—, no sé qué más…

—¿No recuerda usted lo que le propuse por email?

Rob Walter, con expresión de cansancio, negó con la cabeza.

—¿Sabe usted cuánto correo recibo al día, Mr. Prior?

—Imagino que mucho, disculpe. —David bajó la mirada en un gesto estudiado—. Verá, yo le escribí para preguntarle si, a pesar de *no* haberme dado la beca, podíamos *fingir* que me la habían dado. O sea, venir yo igualmente estas cuatro semanas para estudiar los manuscritos de Barrie.

—¿Y qué le contesté?

—Que podía venir el tiempo que me diese la gana siempre y cuando me lo costeara yo mismo.

—Pues ahí está. Nuestra biblioteca está abierta al público. ¿Tiene alguna duda más?

—No.

—¿Asumo que le veré por aquí, pues?

—Sí, hasta el 8 de febrero, fecha límite para mandar los *abstracts*.

—Fantástico —dijo él, ¿con un ligero atisbo de ironía encubierta, quizá?

Rob Walter se levantó y le tendió la mano, dispuesto a marcharse. David fue a devolverle el libro dudando, de nuevo, si lucirse con su explicación de la cita de Barrie. Pero no le dio tiempo.

—Quédeselo —dijo—. Se lo regalo.

—Gracias.

Se levantó para seguirle. Antes de salir, Rob Walter se dio la vuelta.

—Ahora me acuerdo. Leí su propuesta para la beca.

David estuvo a punto de no preguntar, pero acabó haciéndolo.

—¿Y le importaría explicarme por qué no me la dieron?

—¿Quiere que le diga la verdad?

La respuesta inmediata que asomó en la cabeza de David fue: «¡No! ¡La verdad nunca!». Él, por lo menos, a sus estudiantes más mediocres nunca se la contaba. Pero Rob Walter no le dio tiempo a contestar.

—Su currículum era notorio, he de decir, con su *summa cum laude* en literatura comparada en la Universidad de Edimburgo.

David sonrió, satisfecho.

—Pero eso fue hace demasiado tiempo —continuó—. ¿Diez años, o así?

—Doce —especificó David, sin necesidad alguna.

—De modo que —continuó Rob Walter— lo que me importaba era el documento en sí, sus ideas a aportar.

A David se le hizo un nudo en la garganta.

—Tremendamente aburridas, la verdad.

David sintió una punzada en el corazón.

—Peter Pan, la simbiosis entre la vida de Barrie y su famoso personaje. Eso es lo de siempre, lo que ya se ha investiga-

do mil veces. Barrie abarca mucho más y para eso están ustedes, los expertos. Para abrir nuevas puertas al futuro de la investigación del autor. ¿Acaso no puede iluminarnos sobre lo desconocido?

David trató de disimular su indignación. El ardor incipiente de sus mejillas.

—Bueno… Es que no lo tenía muy claro, ¿sabe…? Era un momento de mi vida que… Pero ahora, yo…

—La chica que recibió la Marjorie G. Wynne se llama Moira. El lunes da una charla sobre su investigación. Vaya a verla y así se conocen. Es un previo al *paper* que piensa presentar al congreso. Un punto de vista verdaderamente original.

—Gracias.

—Espero que disfrute de su estancia. Y si quiere imaginarse que la beca es suya, allá usted. Cada uno que viva como pueda. Ahora, si me permite…

David, sintiéndose un gilipollas integral, sonrió educado y salió detrás del comisario. Quizá no era el momento de sugerirle la posibilidad de que le hiciera un papel *como si* le hubiesen dado la beca. No podía importarle mucho, ¿no? No hacía falta que figurara en ningún otro sitio; solo un papel insignificante con el membrete oficial y esas cosas…

—Hasta pronto —musitó David.

Pero Rob Walter siguió su camino. Marcando cada paso. Sintiéndose poderoso, pensó David, en su fortaleza. ¿A qué venía su rollo condescendiente? ¿Quién era este tipo para juzgar la vida de los demás? ¿Acaso había tanta diferencia entre investigar con una beca o no? El dinero, sí. Pero David estaba dispuesto a gastarse todos los ahorros de su vida con tal de estar en Yale. Ni siquiera eran ahorros, vale, sino una pequeña donación de su padre ante el «lento ascenso profesional» de su hijo. No era tanto dinero, cierto, y debería pensar en buscarse una casa en Madrid, por ejemplo, pero ¿qué sabía Rob Walter de sus circunstancias? ¿Y cómo se podía ser tan hortera de llamar a un libro sobre Barrie *Mi corazón en compañía*? Además, ¿eran imaginaciones suyas o había insinuado que David era un inútil como investigador?

Los pajarracos se chocaban contra las paredes de su estómago, histéricos, deseando salir a atacar a alguien.

Se despidió fugazmente de Theo y, antes de subir la escalera, se fijó en la detestable mujer que le había robado el puesto. O sea, que esta era Moira Ann Fitzgerald. ¿Se podía odiar tanto a alguien sin ni siquiera conocerle? ¿Cuántas veces había leído, escéptico, el título de la propuesta ganadora en Internet? *¿Qué fue de Peter Pan?: la influencia de J. M. Barrie en la obra de Cynthia Asquith*. ¿A cuento de qué venía Cynthia Asquith a estas alturas, si no era más que una mediocre aspirante a escritora apenas presente en las biografías de Barrie? Seguro que Rob Walter le había dado la beca a esta tipa por el rollo feminista de la escritora ninguneada. Las pobres mujeres de la era postvictoriana. La escasez de mujeres en el limbo académico. «Tremendas hijas de puta», que diría su madre.

Al salir a la calle, se sintió completamente desangelado. En Yale, todos sabrían la verdad: estaba aquí por su propio pie. ¿Y qué? Una ráfaga de aire frío coincidió con la vibración del móvil en el bolsillo. Dentro de la biblioteca no había cobertura. Sacó el teléfono y leyó.

Mensaje de mamá:
Mi niño, qué guapo, qué listo y qué exitoso. Ya le he mandado la foto a todos tus tíos y primos. Por cierto, ¿qué es exactamente lo que estudias allí?

David no se lo pensó dos veces y pulsó «borrar».

Algunas horas más tarde, abrió los ojos entre el polvoriento aire de la luz del anochecer y no supo dónde estaba. Echó de menos, instintivamente, el póster de Mick Jagger en blanco y negro, el de la camiseta en la que ponía «*Who the fuck is Mick Jagger?*». Parpadeó, confuso. Ese póster estaba en su habitación de Edimburgo. Ahora no estaba en Edimburgo. Estaba en New Haven. En la habitación 40 de la residencia de estudiantes postdoctorados. Un cuarenta bien grande en su puer-

ta, como un mal augurio. Había que fastidiarse. Estaban en enero, así que aún le quedaban febrero, marzo… Contó con los dedos. Quedaban exactamente doscientos veinticuatro días hasta su cuarenta cumpleaños. *Tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic-tac.* Eran las siete de la tarde y tenía un *jet lag* horroroso. Ni siquiera había apagado la luz. La cabeza le rechinaba. Comenzó a deshacer la maleta. Sacó los libros de Barrie, el ordenador. En esta habitación, un póster de Mick Jagger habría desentonado en exceso. Aquí las paredes estaban empapeladas de flores rosáceas con hojas azuladas, había un escritorio de madera antiguo —estilo buró—, una pequeña cama doble con una colcha blanca bordada, cortinas de encaje. Todo victoriano a más no poder; más propio de una lánguida lectora de las hermanas Brönte que de él.

Estaba hecho polvo, pero quedarse aquí de viernes, entre las flores, era deprimente. Aunó las poquísimas fuerzas que le quedaban y dejó todo a medias. Los libros en la cama, la ropa por el suelo. Disfrutó un segundo de la libertad de saber que nadie se lo iba a reprochar. Caminó por el pasillo enmoquetado y le paró la señora de la recepción. Tenía que pagarle por adelantado: las cuatro semanas sumaban un total de 3.250 dólares.

—Sin problema, claro. El lunes, sin falta.

Las calles nevadas no fomentaban la nocturnidad. David, camuflado bajo una especie de gorro de explorador ártico que le había comprado su madre en H&M, se cruzó con un grupo de jóvenes con esmoquin, las chicas con traje largo; fulgor en sus rostros. El gran baile de invierno, se imaginó David que sería. Se paró a mirar la carta de varios restaurantes de pinta apetecible, pero carísimos. Trató de entrar en un pub, pero se había dejado la identificación en la residencia. Vio un restaurante chino de comida rápida, con variedad de cervezas asiáticas y pantalla de televisión. Pidió un bol de ternera con brócoli y la cerveza más barata. Nadie solicitó su carné: los camareros eran gente razonable capaz de discernir que era mayor de veintiuno. Luego se acordó de que había jurado no beber alcohol en todo el fin de semana. Pero ¿a quién le importaba?

Paseó la vista hasta la pantalla de televisión, distraída en un popurrí de la MTV. En el bar de Malasaña donde había desayunado todos los días antes de volver a casa de mamá —y normalmente asolado por algún tipo de remordimiento— jugaba a hacer planes de reforma con los vídeos musicales de fondo: ir al gimnasio, dejar de salir tanto, comer sano, buscarse una novia formal, conseguir ser un hombre maduro mientras buscaba el brebaje de la eterna juventud.

Los planes, no obstante, le duraban, exactamente, lo que la duración del vídeo. Dos minutos y medio, más o menos.

Cuando estaba a punto de abrir la galleta de la suerte envuelta en plástico que le había dado la camarera, David escuchó una canción que le era conocida. En la pantalla, un hombre de melena rubia tocaba la guitarra; a su lado, el cantante, un tipo bajito, feísimo, con mono rojo, *look* ochentero. *I'm lying alone with my head on the phone, thinking of you till it hurts.* David se sorprendió a sí mismo tarareando. Se sabía la espantosa letra de memoria. Parpadeó. Una, dos, tres veces. Vislumbró a su madre cantándola en el salón vacío de la que era, entonces, la nueva casa familiar. La puerta de cristal, el suelo de parqué, él con seis o siete años, sentado junto a la ultimísima revolución en tecnología musical que había traído su padre, un magnetofón de bobina marca TEAC. Su madre —radiante, mucho más joven que él hoy— cantaba extasiada con un paraguas que hacía las veces de micrófono. *I'm all out of love, I'm so lost without you.* Como si el estribillo la salvara del abandono de un marido siempre en crisis. Su hermano se escondía, muerto de vergüenza, en la cocina, pero a David le parecía lo máximo que su madre supiera inglés. Ella siempre contaba que tras su exilio de Cuba de niña, había aprendido un inglés perfecto en Miami para luego mudarse a España y resignarse a ser una mujer castellanizada sin remedio. A él Cuba le parecía tan lejano, tan exótico, tan molón. Miraba a su madre como si fuera una cantante famosa. Con su pelo negrísimo y su cuerpo de latina reminiscente. David niño se esforzaba por aprenderse la letra para impresionarla, leía las palabras en la contracubierta del *single* una y otra vez. Repe-

tía «*I'm all out of love, I'm so lost without you*» y volvía a repetir «*I'm all out of love, what am I without you*» sin tener ni idea de lo que significaba. «Mamá, ¿qué quiere decir?», preguntó un día. «Que estoy toda fuera del amor», contestó ella.

Ahora que David sabía inglés, interpretaba que significaba, más bien, «estoy en pleno desamor». Ambas versiones eran bastante reveladoras, en cualquier caso. Se metió la galleta de la suerte, sin abrir, en el bolsillo. Últimamente, era cierto que se había encontrado todo fuera del amor. Todo fuera del amor, y de todo lo demás, vaya. ¿Y si la canción esta era una señal para cambiar de vida? Quizá, si no conseguía prosperar antes de los cuarenta, debería conformarse, de una vez por todas, con su triste sino: ser profesor asociado cobrando menos de mil euros al mes y dar clases particulares a niños ricos, a dieciséis euros la hora, para alcanzar un sueldo digno para su edad. *Tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic-tac*. «¡Chiiiist!». David mandó callar al cocodrilo del tiempo. Mañana mismo comenzaría, oficialmente, su segunda oportunidad: iba a resucitar el brío que poseía en Edimburgo; iba a recuperar el amor verdadero que aún le quedaba por su campo de estudio; iba a ser el gran error de la carrera de Rob Walter, por no haberle dado la beca. En definitiva, iba a convertirse en quien merecía ser: ilustre catedrático de alguna universidad extranjera donde ser especialista en literatura eduardiana no fuera equivalente al ninguneo, sino al respeto reverencial.

En fin. Era un momento de revelación más bien patético, en este chino barato y maloliente de Yale, pero David, colmado de euforia, se pidió otra cerveza para celebrarlo: esta vez, seguro que los planes vitales no le duraban dos minutos y medio.